

De la mano de Rómulo Gallegos

TRANSBORDO DE NACIONALIDAD

Carmelo Vilda

Nos sentimos honrados de ser compatriotas de Rómulo Gallegos. El nos ha enseñado mucho. Y lo que él representa forma parte insoslayable de nuestras discusiones en el quehacer venezolanista. Por eso no acometeremos homenajes pétreos en el centenario de su nacimiento. Iremos más bien publicando diálogos vivos con su figura y su obra. En este número presentamos dos testimonios entrañables de un contacto suscitador.

En febrero de 1958 aterricé en Maiquetía. Atrás, en lontananza, dejaba la nevada meseta castellana. Yo tenía 17 años y era novicio jesuita. Radicarse a esa edad en otra patria puede resultar una experiencia traumática si no se realiza a tiempo y decididamente el transbordo de nacionalidad cultural. La casa de formación estaba situada en Los Teques. Buen clima, bellós paisajes pero rígida cuarentena cultural. Habitaba físicamente en Venezuela barajando valores, recuerdos y temas españoles. Pasaba el tiempo y a medida que me iba quedando sin España no me llenaba a su vez de Venezuela. De ella yo no tenía imágenes ni nombres ni cenizas de hogar o de tumbas. Pocos detalles me demostraban que residía en América. Yo pretendía ver, pensar y actuar como venezolano pero a cada paso tropezaba con elementos europeos. ¡Terrible contradicción que todavía no he resuelto del todo!

Me nombraron bibliotecario de la comunidad y aunque la formación espiritual de los novicios desaconsejaba la lectura de novelas pudo más el afán de abrirme una ventana hacia el país que el

conformaba el basamento de mis sinestias paisajistas comenzó a poblarse de ríos, samanes y espantos. Los hatos desalojaban a los castillos. La realidad llanera se imponía sobre mi herencia inmigrante. Poco a poco fui quemando las carabelas. "La Sabana entra en los pueblos y se mete en las casas", pero yo percibía que donde se metía era en mi sensibilidad.

Comencé a llenarme de América y a entender lo que era el invierno y el verano tropical. Y las lluvias: "¡Llueve, llueve, llueve! Hace días no sucede otra cosa". Así sucedía también en Los Teques.

Seguía enclaustrado. Sólo en agosto pude visitar por primera vez Caracas. Pero desde junio, impulsado por la pluma de Rómulo Gallegos, yo continuaba viajando por las diversas regiones del país: "...de más allá del Cunaviche, de más allá del Cinaruco, de más allá del Meta. De más lejos que más nunca..." Fue mi bautismo, por poderes, en la geografía venezolana. Me sirvió para darme cuenta de que verdaderamente era extranjero y que había comenzado a vivir en otra patria. Ahí y así comenzó mi

de aquella experiencia inicial, de aquella primera peregrinación cultural por Venezuela de la mano de Rómulo Gallegos?

LA INVENCION DE VENEZUELA

La primera impresión de Venezuela surgió asociada a la literatura fantástica, a lo primitivo, bárbaro y desconocido. Supuso una ruptura cultural con España. La realidad descrita me resultaba tan nueva que me sentí obligado desde el principio a un ejercicio de vocabulario. Lo nombrado y descubierto desbordó mis categorías y me impuso nuevos verbos y explosivos sustantivos. Muchas dificultades provenían ciertamente del léxico: manguareo, chigüire, guachafita, rebullones. Otras veces de los significados: guaricha, devoradora de hombres. Cada noche me acostaba con nuevas palabras. Algunas de ellas me sonaban mágicas. Ellas, después, generaban imágenes fascinantes. Era como si Venezuela me fuera dictando su propia crónica.

Rómulo Gallegos desempeñaba para mí el oficio de inventariador, de archivo. Yo me lo imaginaba de aquí para allá con botas altas de explorador y ojo de timonel. Me lo imaginaba despertando trozos de patria, anotando diálogos, siempre con los ojos absortos en algún mapa de Venezuela. Más de una vez se llevaría las manos a las sienes como si le ardieran las ideas o como si se le quemase el pan del fervor patriótico. Fue para mí el copista, el anticuario, el cartógrafo literario que nombra y describe la realidad llanera, selvática o urbana, la forma de ser, decir y proceder de las gentes.

Me parecía que toda la novelística galleguiana concurría hacia ese delta común que tiene como lugar de encuentro el documento. Es decir, la tendencia hacia el inventario de la realidad geográfica, de la tipología, del folklore, de la cultura, de las posibilidades económicas, de las necesidades políticas de una historia no vivida por mí. Cuando

La lectura de "Doña Bárbara" constituyó para mí la primera experiencia cultural venezolana. Fue mi bautismo, por poderes, en la geografía venezolana. Me sirvió para darme cuenta de que verdaderamente era extranjero y que había comenzado a vivir en otra patria. Puedo confesar que entré al país en alas de la literatura, de la mano de Rómulo Gallegos.

cumplimiento de una regla. Cada día tenía que cruzar frente al anaquel donde dormían las obras de Rómulo Gallegos. Caí en la tentación. Así comenzó a serme historia Venezuela.

Era precisamente junio cuando llegaron las lluvias y junio también cuando me subí al bongo de Santos Luzardo con Rómulo Gallegos para remontar el cajón del río Arauca. La lectura de "Doña Bárbara" constituyó para mí la primera experiencia cultural venezolana. Casi de repente la meseta castellana que

aprendizaje y pasión por Venezuela. La nueva tierra, en mi barco, comenzaba a echar el humo del arranque. Puedo confesar que entré al país en alas de la literatura, de la mano de Rómulo Gallegos. Después de "Doña Bárbara" devoré, con el placer que otorga la clandestinidad, "Canaima", "Sobre la Misma Tierra" y "Cantaclaro".

Han transcurrido 26 años. Hoy soy venezolano. Conozco prácticamente todo el país. He sido profesor de literatura venezolana. ¿Qué pienso hoy

cerraba la novela que tenía entre manos y me apeaba del viaje sentía luego enormes deseos de identificar, verificar o confrontar la lectura con la realidad. Y al llenarme de memorias nuevas me mojaban también las esperanzas.

De todas formas yo me iba transformando en "conquistado", en bautizado, en receptor de nombres y paisajes nuevos. Una realidad inédita rompía, página a página, los moldes españoles que traía. Para un aprendiz de "patria nueva" la cita final de "Doña Bárbara" fue una revelación: "¡Llanura venezolana! Propicia para el esfuerzo, como lo fue para la hazaña, tierra de horizontes abiertos, donde una raza buena, ama, sufre y espera!..." El saldo final era positivo, épico, esperanzador, cálido. Yo me sentía como viajero que enfrenta la oscuridad y la noche ¡sin caminos! pero la novela me señalaba un sendero, el de la sabana "que es toda ella, uno solo y mil caminos distintos".

Y yo comprobaba, de verdad, que pisaba los surcos de una nueva tierra de esa "llanura bella y terrible a la vez; en ella caben holgadamente, hermosa vida y muerte atroz". Castilla se me iba quedando cada vez más lejos como una nebulosa ante los "¡árboles, árboles, árboles!" de Canaima.

LA TIERRA Y SU GENTE:

Leí "Canaima" y "Cantaclaro" con un mapa al lado. Pero el mapa se quedaba sin aliento y sin señales cuando llegaba a la selva de Guayana o a las llanuras de Apure. Su silencio aumentaba el misterio y la elocuencia. Comprendí mucho mejor que "si en alguna parte es



cierto que el hombre es la medida de sí mismo, es en la sabana ilímite, en cuya brava soledad cada cual puede construirse su mundo a sus anchas... ¡Y mire que hay caminos en el Llano!"

Las dos novelas citadas fueron para mí como libros de viaje hacia esa Venezuela telúrica que me desvivía y fascinaba. El Orinoco me despertaba la atmósfera del rito y lo sagrado. ¡Cuánto misterio en sus "ondas leoninas". Hoy puedo confesar sin titubeos que el filón primario de mi sensibilidad americana está constituido por fibras de ríos, sabanas, montes y morichales. Por el embrujo y seducción de esta tierra tan viva, tan cósmica, tan dormida a veces y a la vez tan animal cuando despierta. Por la medida de lo inmenso, de lo desmedido, por el elixir de esa cultura que se ceba en las leyendas de El Dorado. Y en esta tierra, ¡su gente!, casi más hijos de la tierra y del agua que de la carne.

Porque había hombres que parecían piedras y piedras como hombres.

Cuando cerraba la novela que tenía entre manos y me apeaba del viaje sentía luego enormes deseos de identificar, verificar o confrontar la lectura con la realidad. Y al llenarme de memorias nuevas me mojaban también las esperanzas.

Marcos Vargas me atrapó más que Santos Luzardo y Florentino aunque coincidía con éste último en la vocación aventurera, la apuesta por la libertad y en la vida como juego o errancia. Mr. Danger me preocupó. Y me preguntaba una y otra vez por qué no se le expulsaba del país ¡ingenuo desconocimiento! a todos Mr. Danger "without country".

Son muy discutibles muchos personajes de Gallegos. Algunos de ellos resultan demasiado esquemáticos, planos, reiterativos. Otros tan convencionales que no sobrepasan el clisé. Para mí sin embargo protagonizaban formas de ser, hablar y actuar y en ellos observaba como en un espejo el diagrama de la condición tropical. Se trataba de otra épica, de otra mítica, de otra aristocracia heroica, encarnación de los valores y cualidades de un pueblo, de otro ambiente natural donde se ejercita la existencia. Y de otra cronología, de ese tiempo sin tiempo de la selva o la llanura, de las rutas sin señales que llevan hacia la palma o la laguna.

Me impresionó desde el principio la capacidad de la gente para el silencio y la violencia, para la espera ilimitada y la sacudida súbita. ¡Igual que los caimanes! Para el despiste y el camuflaje. Para rozar la muerte en la fiesta. Para el ho-



El "Cabrestero" María Nieves, personaje real y novelado de Gallegos.

nor y la entrega desinteresada. Para la rebeldía y la lágrima de amor. Evidentemente me hallaba frente a otro humanismo que tenía que asumir.

Gallegos me iba develando el núcleo espiritual y físico del pueblo venezolano, de su manera de ser y comportarse ante las vicisitudes fundamentales de la vida como son: la justicia, la muerte, la naturaleza, el amor, los miedos y las tendencias del instinto.

EL PAIS COMO PROYECTO

A medida que avanzaba en la lectura me iba convenciendo de que R. Gallegos tenía visos de "misionero" y pedagogo. Algo así como si fuera el profeta que predica a su pueblo el trabajo y la integración como requisitos de nacionalidad, de las profecías que prometen abundancia. Sus novelas también me parecían morales. Fustigaba la superstición, la violencia, el atraso, el alcoholismo, el derroche. Una verdadera cátedra de civismo. Finalmente me gustaba porque era optimista. Creía con ardor militante en el porvenir de Venezuela.

Además de novelista R. Gallegos parecía también ingeniero, planificador, sociólogo. Por primera vez leía novelas comprometidas con el país, exponentes de la realidad nacional. Se sentían, pal-

Se trataba de otra épica, de otra mítica, de otra aristocracia heroica, encarnación de los valores y cualidades de un pueblo, de otro ambiente natural donde se ejercita la existencia. Y de otra cronología, de ese tiempo sin tiempo de la selva o la llanura.

mo a palmo, los latidos de la tierra y se señalaban los horizontes del país como proyecto. A pesar de los excesos que describe, siempre en última instancia triunfaba la ética, el bien, la esperanza, la apuesta por el porvenir, los impulsos generosos del corazón. Siempre se mantenía flotante la ilusión de que superado el despotismo arribaran la democracia, el progreso, el crecimiento de la patria. Y yo veía en Santos Luzardo al mismísimo Gallegos: "De pronto el soñador ilusionado de veras... jugando con la fantasía exclamó: ¡el ferrocarril, allá viene el ferrocarril!". Todos estos detalles me confirmaban que R. Gallegos tenía que ser un hombre bueno.

Recuperar la historia, explicarla como aventura colectiva, destacar los símbolos de coherencia nacional, civilizar el territorio, modernizar el país, poseerlo como destino a impulsos de la ley ¡eso era lo que yo intuía que necesitaba Venezuela según las novelas!

Entre los apuntes que todavía conservo de entonces puedo leer todavía hoy una nota que viene a cuento: "Doña Bárbara me ha calado muy adentro. Me ha dejado una claridad exultante. Creo que algo cabal y muy hondo me une desde ahora a Venezuela. Vine a América para ser "misionero". Por eso siento muchas coincidencias con Rómulo Gallegos".

¡Idealismos de entonces!

MITOS, SIMBOLOS, TIPOS:

Me sedujo también desde el principio su "buen decir". Su estilo de escribir con pensamiento claro como los cielos y horizontes llaneros. Yo venía de una literatura cohibida escrita por plumas melladas. La voz de Gallegos resonaba desde la abundancia y el estruendo onomatopéyico con un vocabulario caudaloso y una extraordinaria capacidad plástica. Palabras precisas y significativas retumbaban en el horizonte con rescoldo homérico y cierta morosidad rítmica que me sabía a clasicismo: "Para las puñaladas Melquíades; para las bribonadas Balbino; para los mandados Juan Primito. Sólo que algunos mandados de Juan Primito eran como puñaladas". Me gustaban también esas descripciones estáticas cuajadas de metáforas, verdaderos himnos a la naturaleza. Igualmente la capa-

cidad olímpica para contar la historia y fabularla.

Por la pluma de Gallegos me hablaba la nueva patria que yo anhelaba conocer. El me proporcionaba los primeros mitos y símbolos. La guaricha "devoradora de hombre" o la "dañera" me evocaban los libros de Caballerías. Canaima (el dios de los maleficios), por el contrario, me remontaba hacia las cosmogonías indígenas. Los Diablos llaneros, por su parte, no tenían nada que ver con los de mi Catecismo que me sabía de memoria, pero Mandinga me sonaba más sugestivo.

Iniciaba así la peregrinación literaria hacia la cultura venezolana. Las palabras, las miradas, las actitudes de Santos Luzardo, Florentino, Marisela o Marcos Vargas eran pasillos desde donde contemplaba esa Venezuela cercana y a la vez tan distante. Así comenzó a tejer y destejarse, a perfilarse y construirse, de la mano hilandera de Gallegos, mi primera membrana de sensibilidad venezolana.

Agradezco haber tenido tan buen guía y maestro. Lo recomiendo. En varios repechos de Doña Bárbara sentí, "la patria en los poros" como si algo mío viejo desease encontrarse en lo nuevo.

El drama de quienes hemos llegado jóvenes a Venezuela para afincarnos en ella es precisamente que al quedarnos enseguida sin la patria natal, sin ese paraíso perdido, no asumimos con la urgencia de "naves quemadas" la nacionalidad adoptiva. Y entonces nos sentimos ciudadanos errabundos, como nubes nómadas que cruzan el firmamento levitantes. Es como si patináramos por el suelo que pisamos o como si el país se nos escapara continuamente de las manos. Gallegos me ayudó a insertar la realidad en la leyenda, en la tradición y las simbología del acervo cultural venezolano. A fuego lento, como se hornean los potajes culturales. Me ayudó a fantasear a Vene-

zuela, a inventarla.

La lectural alboral de sus novelas constituyó, de todas formas una peregrinación hacia el esclarecimiento de la patria, hacia intuiciones antropológicas que verifiqué más tarde. Desde él y con él me resultó más fácil navegar de la literatura a la historia, a la geografía, al folklore, a la música, al cine y teatro venezolanos. Me descubrió una serie de personajes y tipologías representativas. Lo admiré entonces y hoy por su dignidad humana, la riqueza del lenguaje, la exuberancia descriptiva y lucidez intelectual. Lo respeté como intérprete del país, como presencia integradora de nacionalidad. A veces, sin embargo, me mordía una duda. Mientras yo trataba de americanizarme, a tropicónes, en varios recodos de su pensamiento tuve la impresión de que Gallegos trataba de europeizar a Venezuela bajo alegatos de modernización. Me resultaba extraño.

Termino con una alusión a la personalidad del novelista. Un día en la Revista Nacional de Cultura leí un artículo de Lowell Dunham con el título "Rómulo Gallegos, creyente sistemático". Copia una cita del escritor ecuatoriano Benjamín Carrión referente a R. Gallegos:

"los maestros de presencia guiadora por el valor de su obra, son casi siempre buenas gentes, sencillas, honestas, de bondadoso corazón. Gentes que están siempre de parte del toro en las corridas, del negro en los linchamientos, de los presos y los desterrados en las dictaduras. Capaces de dar la mano a un ciego para que pase la calle, de comprar migas de pan en los parques para darle de comer a las palomas; cristianos generosos y magnánimos que se retiran del banco frente al cual se han sentado dos enamorados y que le hacen conversación al guardia cuando una niña está arrancando una flor en un jardín...".

Me entusiasmó. Veneré durante varios años esta imagen. Más tarde la fui despojando del excesivo encanto y lirismo que tenía.

Desde él y con él me resultó más fácil navegar de la literatura a la historia, a la geografía, al folklore, a la música, al cine y teatro venezolanos. Me descubrió una serie de personajes y tipologías representativas. Lo admiré entonces y hoy por su dignidad humana, la riqueza del lenguaje, la exuberancia descriptiva y lucidez intelectual. Lo respeté como intérprete del país, como presencia integradora de nacionalidad.
